



Misslata

“El intercambio cultural continuo es fuente de inspiración para mi trabajo”

Diseñadora. 39 años. Cella (Teruel).

Pisó Berlín por primera vez en 1988. Se quedó cuatro meses. Volvió en 1991. “Quería pasar poco tiempo, conocerla sin muro”, apunta esta turolense menuda, autodidacta y siempre activa. El azar quiso que se quedara años... “Siempre pensé que estaba de paso. Y aún lo creo”. Le atraía el movimiento cultural, el descubrimiento del lado oriental. “La ciudad se metamorfosea continuamente. Y eso atrapa. No queda lugar para la monotonía”. *Berlín me engancha* es el título de su último trabajo, presentado en el Restcycling Art Festival en primavera. “Quería mostrar las emociones y sentimientos que nos impulsan a los extranjeros a quedarnos aquí, esa sensación de tránsito indefinido”. Misslata se siente nómada. Define su relación con Berlín como de “amor y odio”. “Los inviernos son largos y grises, la falta de sol condiciona tanto el ánimo a la hora de enfrentarte a la vida... Puedes huir por un tiempo, pero estás fuera de Berlín y la echas de menos. Te falta su ritmo diario, esa mezcla que te permite en un mismo día desayunar con una marroquí, comer con un venezolano, merendar a la japonesa, visitar una exposición de un argelino y acabar en una fiesta rusa”, apunta. Este intercambio continuo es fuente de inspiración para sus ornamentos y bolsos, para sus vestidos espectaculares realizados con chapas, tapas de yogures, *tetrabriks*, latas de aceite... No vende sus creaciones. Las hace, las disfruta, las presenta. Su taller, en un edificio de *okupas*, es la historia de su vida última, de sus pasiones. Allí se amontonan restos de los desfiles sobre Buñuel, Velázquez, diseños de ropa interior... “Y cuando piensas que Berlín ya no tiene secretos para ti, te sorprende con eventos dispares, con locales misteriosos, con gente nueva...” ●



Marcos Giralt Torrente

“Al llegar, yo buscaba cualquier ciudad, cualquier ciudad que no fuera la mía”

Escritor. 35 años. Madrid.

Cuando Giralt, su aspecto de noctámbulo impenitente y su cigarrillo eterno tomaron asiento en el café Einstein de Unter den Linden, una noche de 2002, su único interés, según él, era alejarse de Madrid y escribir su segunda novela. Lo primero se lo facilitó mucho la beca del DAAD; la novela se publicará en otoño. “Quizá se titule *Berlín*”, dice ahora. La anterior se tituló *París* y ganó el Premio Herralde. Y ya de regreso al “agujero” de Madrid, cuando su año de estancia en la capital alemana se le ha quedado para el armario de las nostalgias, cuenta Giralt su experiencia berlinesa: “El 4 de enero de 2002 llegué por primera vez a Berlín. Tenía una idea de la ciudad, pero no venía atraído por ella. Una ciudad desconocida es un territorio mudo. Por eso, hasta que las conocemos, todas se parecen. En una ciudad desconocida, como no reconocemos nada ni nada nos reconoce, nos sentimos invisibles y solos; carecemos de historia, nos rodea el silencio. Yo buscaba, al llegar a Berlín, cualquier ciudad, cualquiera que no fuera la mía, cualquier ciudad en la que no hubiera vivido. Lo que no adivinaba es que esa sensación seguiría encontrándola después de un año, cuando no fuese ya desconocida y yo ya tuviese historia. No es igual la mirada sobre una ciudad de quien sabe que un día hará las maletas para marcharse que la de quien vive desde siempre y probablemente para siempre, pero en Berlín ambas miradas se parecen. Berlín es una ciudad inacabada entre cuyos andamios aún es posible improvisar; una ciudad que contiene varias y ninguna; una ciudad silenciosa y vacía, de gente que vive sola, en la que ir de un barrio a otro es un viaje, y donde, si no miras, nadie te mira; pero si lanzas tu mirada, te la devuelven con más fijeza que en otros sitios” ●